

S/ Fedea

ENVÍASE A DON JUAN DE BORBÓN

Durante la reciente estada del Señor Conde de Barcelona en la ciudad de Nueva York, el renombrado escritor y pu-
blicitista catalán y antiguo Miembro del Gobierno de la
Generalitat, JAMES MIRAVITLES, le hizo entrega del si-
guiente documento político.

Altosa:

En el curso de estos últimos veinte años se han producido profundos cambios en la estructura política, económica y social, y en las formas de vida del pueblo español. Sería absurdo pretender, por partidismo político, que todos han sido negativos. Nada es absolutamente bueno o absolutamente malo en la condición humana; los dos elemen-
tos antagónicos se encuentran siempre estrechamente entrelazados y la aspiración po-
lítica debe tender a un aumento progresivo, necesariamente lento, del bien sobre el mal.

Para superar ciertas aspiraciones nacionalistas que apuntaban hacia el separatismo, el actual Estado español ha exaltado, a través del folklore, los particularismos locales. Pero como estos tienen profunda raíz histórica y no son precisamente mani-
festaciones pintorescas de costumbres y tradiciones, se ha producido un resurgimiento
aberrino de las unidades históricas que constituyen el auténtico pueblo español: Castilla, Aragón, Andalucía, Levante, que junto a las ya definidas de Galicia, Na-
varra, el País Vasco y Cataluña, contribuyen a dibujar la verdadera fisonomía de las
Espanas.

El sindicalismo, que era antes una conspiración, es ahora una institución. Nadie
puede imaginarse el futuro de España sin una vasta organización sindical, parte de
su engranaje constitucional. Es a través de este reconocimiento institucional que
los obreros puedan sentirse vinculados al destino histórico de España. Había cometi-
do desgraciada característica de nuestro país el que las clases trabajadoras se
consideraran extranjeras a su alma nacional. No era culpa exclusiva de ellas, natu-
ralmente. Y no se sabrá nunca si se habían separado a voluntad de la sociedad o si
habían sido expulsadas de su seno por la estúpida miopía de las clases poseedoras.
Esta "separación" se traducía en el "apoliticismo" de la clase obrera y en su con-
cepto apocalíptico de la revolución.

El Ejército español, se ha "nacionalizado". Al haberse producido en España una
guerra, aunque haya sido una guerra civil, las filas del Ejército se vieron engros-
das por elementos de extracción popular y su Oficialidad ha dejado, hasta cierto
punto, de ser una oficialidad de casta, patrimonio exclusivo de clases e intereses
históricos superados. Si a través de la "conspiración sindicalista", la clase obrera
quedaba fuera de la sociedad española, a través del concepto de casta, el Ejército
se situaba encima de ella. Ahora bien: una sociedad se caracteriza por su homogenei-
dad social; sus elementos constituyentes no pueden estar ni fuera ni encima, sino
dentro. El Ejército ha bajado un tanto de su pedestal y va acercándose a la base po-
pular del país.

Ocurría a las clases poseedoras lo mismo que al Ejército: se consideraban, por
otra vía, encima de la nación, únicas merecedoras de disfrutar de los privilegios
de la riqueza y del poder. "¿Qué escándalo, señores, he visto hoy a uno de mis obre-
ros fumando un cigarro puro!" -decíase en una caricatura de Bagaría, publicada en el
seminario "España". Es decir, en nuestra patria, los obreros habían sido siempre con-
siderados como instrumentos de producción, no de consumo. Lo ideal para la burguesía
española sería que los obreros no conieran ni bobieran; que fueran simples "robots"
y que lesson de obra costara lo del aceite que lubrica las máquinas.

La conversión de las clases trabajadoras, de instrumentos de producción en elemen-
tos de consumo, ha sido la causa de la "revolución del siglo XX". La revolución rusa,
el fascismo italiano, el nazismo alemán, la República española, el falangismo, la re-
volución china, los movimientos de emancipación colonial y aun las dos guerras mun-
diales, han sido principalmente las causas de aquel trascendental fenómeno. Estados
Unidos ha sido el país que ha iniciado la vía. Cuando los historiadores del futuro
analicen nuestro siglo, reconocerán que el factor revolucionario central lo ha cons-
tituido Norteamérica y su explosiva idea de no escandalizarse porque sus obreros fū-
man cigarros puros; al contrario, estimuló en ellos la adquisición de neveras y auto-
móviles.

España ha iniciado, muy tímidamente por cierto, esta trascendental reforma. El es

paño que siempre había vivido debajo del concepto económico que quiere también entrar en él. Se está convirtiendo en un "homo economicus" y habla de planificación, productividad, eficiencia, rendimiento, etc.... Un nuevo vocabulario penetra al habla española con o sin el consentimiento de la Academia de la Lengua, institución esta que continúa, por cierto, en la estratosfera de la sociedad.

La Iglesia española había vivido al margen, al mantenerse apartada de los problemas planteados por el mecanismo de la existencia cotidiana. Este apartamiento determinó una coacción latente en sus filas; mientras las altas jerarquías estaban estrechamente vinculadas al poder, los curas rurales vivían estrechamente unidos al pueblo y a sus cuitas. Cuando llegó el momento fatal, los párrocos de pueblo pagaron con sus vidas las faltas de los Obispos.

Se habla ahora en España de una "Iglesia social". Los Jesuitas rivalizan con el "Opus Dei" en este sentido. Desde los pulpitos, y ahora en boca de los Obispos, se emiten pastorales que en el pasado hubieran llevado a la cárcel a su autor.

"España y Portugal -se ha dicho-, son dos hermanas siamesas unidas por la espalda". La geografía política de la Península Ibérica, con las sortas del Duero y del Tago cortadas por las aduanas; con el fabuloso puerto atlántico de Lisboa separado de su "hinterland" natural; con todo un sistema orográfico desmentido por la administración, es una monstruosidad. Dije un día que para hacer evidente este "crimen geográfico" habría que colgar en las escuelas españolas el verdadero mapa del país; es decir, sin Portugal, "mordida" la Península en esta zona atlántica tan vital, con el Duero y el Tago vertiendo a raudales su sangre en el vacío burocrático de la "frontera".

La constitución del Bloque Ibérico, la similitud de las situaciones históricas actuales, la proximidad ideológica de los dos regímenes, han contribuido poderosamente a plantear a los mandos dirigentes de ambos países la viabilidad de la unión política y económica. Los pueblos, tan entrañablemente semejantes, no constituyen nuevos obstáculos ni creemos que lo constituirán en el futuro. Entre los rumores que circulan actualmente en España, hay uno que propone una de estas maravillosas fórmulas inventadas por la imaginación humana y cuya aplicación, seguramente imposible, justificarían veinte años de dictadura; España y Portugal unidas bajo la corona de Juan III, con Cliveira Salazar de Premier y Franco de Jefe de los ejércitos unificados de ambos países.

España se ha dado cuenta, en fin, de que es una potencia mediterránea y europea. El gran error de la República fue el de su aislamiento real frente a su intervencio mismo ideológico. Fue antialemán y antitaliana sin ser positivamente profrancesa y profrancesa. En un momento dado, Italia y Alemania ayudaron a su destrucción, mientras Inglaterra y Francia permanecieron impasibles.

En España se habla ahora, y no solamente en revistas o ensayos políticos, sino desde el gobierno, de: Pacto Mediterráneo, integración euroafricana, entrada en los organismos institucionales de la Europa occidental. El régimen que "había dado la espalda a Europa" y orientado la experiencia nacional hacia la esperanza hispanoamericana de ahora el campeón de su integración al Viejo Mundo.

Es decir, durante estos últimos veinte años, la historia de la patria ha ido siguiendo un curso que no era precisamente el dictado por la voluntad consciente de sus dirigentes. En el terreno de las realidades objetivas han sido más activos estos últimos años de "inactividad" política que los años de frenesí revolucionario de la República. La Historia hace, a veces, estas diabluras.

En eso reside precisamente el peligro. El español tiende a lo absoluto. Si es obrero, querrá un Estado sindicalista; si es catalán, querrá una Cataluña libre e independiente; si es católico, un Estado teocrático; si es autoritario, una dictadura; si es liberal, una anarquía. El español no entiende de "medias tintas" y va del todo a la nada, de la pasividad a la impulsividad. España es el país de los bienes; el bien liberal, el bien reaccionario, el bien blanco y el bien negro -todos en el pasado. Corrosivamente, el bien rojo, y ahora, el bien azul... dando a la expresión "bien" el sentido figurado de limitación en el tiempo y en el espacio.

Alemania es un país disciplinado, grégario, lento y metódico en sus fermentaciones colectivas; por eso, desde el poder, hay que estimular las cualidades opuestas de la iniciativa individual, el libre albedrío, la diversidad creadora.

España es un país explosivo, asediado constantemente por fuerzas centrifugas, disgregadoras. La afirmación de la individualidad lleva a la intolerancia; al "mando" del de arriba y a la "desobediencia" (forma negativa del mando) del de abajo. En Estados Unidos, el gobierno se llama la Administración; en España, el Poder.

Al proclamarse la República fui testigo personal de un incidente ocurrido en el tren Sitges-Barcelona, de gran significación. Al obligar la pareja de la Guardia Civil a que un viajero que no llevaba tiquete se apeara, éste exclamó, con amargo desdén: "¡Qué República! Hay todavía en España mucha gente que cree que la República es un régimen donde no hay que pagar billete..."

Toda esta evolución grávida de fermentos explosivos, ha tenido lugar de una forma casi automática, sin obedecer a propósitos preconcebidos. Su tremenda fuerza expansiva fue contenida por la rígida armadura del Estado. Pero las dictaduras tienen la "facultad" de aplazar la solución de viejos problemas y de crear otros nuevos. Ningún problema español urgente en el año 1936 ha sido resuelto definitivamente, y, en cambio, en este mismo documento se señalan la aparición de problemas nuevos.

Llegará un momento, absolutamente inevitable, en que el pueblo español será, o se creará, libre de expresar su voluntad. Las fuerzas centrifugas mantenidas a raya hasta ahora ejercerán entonces toda su presión expansiva. ¿Cómo encontrarlas? ¿Cómo separar las legítimas de las infundadas? ¿Cómo unir las en un vasto movimiento de integración nacional? ¿Cómo conciliar su inevitable diversidad con su necesaria unidad? ¿Cómo evitar el definitivo fraccionamiento de la sociedad española y el peligro de desaparición del propio concepto de la nacionalidad? La solución no puede ser una nueva dictadura. Tampoco un régimen en que la gente crea que "no hay que pagar billete".

El pueblo español, por su naturaleza espiritual y su tradición religiosa, es muy receptivo a los símbolos. En 1936, lucharon, el mito anarquista de la "sociedad sin Dios" -cuerpo sin alma-, contra el mito falangista del "Imperio hacia Dios" -alma sin cuerpo. De ahí la paradoja de aquella lucha, su dramática duración, su millón de bajas... No podía encontrarse un terreno de conciliación ni una fórmula de comprensión entre los conceptos absolutos del bien y del mal, del agua y del fuego. La lucha sólo podía terminar con la victoria de uno de los bandos y la aniquilación del otro.

Por eso, en la céntrica del Estado y de la sociedad españolas debe brillar un símbolo que tenga alma y cuerpo, sustancia y espíritu, tradición y actualidad. Un símbolo que por su inmaterialidad atraiga y represente a la media España cuyo resorte central de acción es la idea de Dios, y suficientemente material, corpóreo, para atraer y representar a la otra media España que busca soluciones concretas al problema del cotidiano vivir.

Republicano, hijo, nieto y bisnieto de republicanos, nacido en el Ampurdán que elegía diputados republicanos aun en tiempos de la Monarquía, y que constituía el refugio espiritual de más de un prócer de la República -Pi y Margall, Sunyer y Capdevila, Augusto Pi-Sunyer-, he llegado en la madurez de mi vida, y después de cinco encarcelamientos y veintiseis años de exilio, a la convicción personal y aun contra la a mis más íntimos sentimientos, de que el régimen por el cual he dado los "mejores años de mi vida", no es el más adecuado para asegurar los mejores años de la vida de España.

Lo digo, naturalmente, con amargura, con la impresión del pasado que vive y vivirá siempre en mí. Al hacer esta declaración, que es más bien una confesión, me limito a expresar mi intención de divulgar desde el modesto ámbito de mi profesión de periodista, estas verdades de humildad y tolerancia, las dos condiciones más extranjeras del espíritu español.

Si el destino pone en las manos de Vuestra Alteza la posibilidad de trabajar por España, desde el lugar que la tradición histórica os ha fijado, hago votos porque la experiencia que habéis ganado durante los años de exilio y solitaria meditación, os sirvan para encauzar la voluntad de los pueblos y de los hombres de España, tan diversos, tan dramáticos y tan nobles, hacia una unidad superior que los exalte y los dignifique.

Dios os bendiga, Alteza.


(Firmado: JAIME MIRAVITTLES)